

Te ruego, aquí postrada, por los pocos  
 Cabellos que escaparon de mi saña,  
 Y por el tierno y abundoso llanto  
 Que arranca de mis ojos tu inconstancia:

Que te vuelvas, Teseo idolatrado;  
 Que otra vez ácia aquí tu nave traigas;  
 Y si muerta me hallares, á lo menos  
 Los huesos llevarás de la que amabas.




---



---

## HEROIDA UNDECIMA

---

### ARGUMENTO.

*Canace y Macareo, hijos de Eolo, dios de los vientos, se amaron criminalmente, y descubierto por su padre su incestuoso amor á los sollozos del inocente fruto de sus torpezas, mandó que éste se echase á las fieras para que lo devorasen, y envió á su criminal hija un puñal para que usá-  
 ra de él segun sus méritos. Canace antes de darse la muerte da parte á Macareo, que se habia escapado, de lo sucedido, encargándole reuna sus cenizas con las de su hijo.*

\*

## CANACE

A

## MACABEO.

Si mal formadas á tus manos llegan  
Estas letras tal vez, ó estos borrones,  
¿Qué mucho que tan próxima á la muerte  
Quien las escribe las confunda y borre?

Tengo en la diestra la turbada pluma,  
En la izquierda el puñal de agudo corte,  
Y en mi regazo abierta está la carta,  
En que al morir te escribo estos renglones.

Tal es, al escribirte, de tu hermana,  
Hija de Eolo, la aptitud y porte,  
Pues solo así aplacar juzgo que puede  
De mi tirano padre los furoros.

Quisiera yo que él mismo de mi muerte  
Fuese el espectador, pues él entonces,  
Ya que es de ella el autor, fuera el testigo,  
Y viérame espirar al fatal golpe.

Que siendo sus entrañas implacables,  
Mas que los vientos que gobierna, atroces,  
Viera sin duda mi morir sangriento  
Con secos ojos y semblante inmoble.

No es mucho que quien vive con los vientos,  
Si ellos feroces son, feroz se torne,  
Ni que su condicion áspera y dura  
Con la de sus vasallos se conforme.

El impera los zéfiros y notos,  
Los tracios, vendavales y aquilones  
Y al Euro alado, gobernando fiero  
Sus giros, sus impulsos y sus choques.

Manda en los vientos ¡ay! pero no manda  
En sus hinchadas iras y pasiones:  
A los vientos sujeta y no sujeta  
Sus iras, que los vientos mas feroces.

¿Qué me aprovecha hasta el olimpo alzada  
 Por una estirpe sobre todas noble,  
 Descender de los dioses inmortales  
 Y tener por abuelo al mismo Jove?

¿Dejo por eso de empuñar sangrienta  
 El funesto puñal, nada conforme  
 A mi tímido sexo? ¡ó duras armas,  
 De mi padre cruel fúnebres dones!

¡Ojalá, Macareo, que la hora  
 Que enlazó nuestros tiernos corazones,  
 Llegára, cuando heladas mis cenizas  
 En el hondo sepulcro se coloquen!

¡Ojalá, hermano, que jamás pasáran  
 Del fraterno cariño tus amores,  
 Ni yo los sacros límites rompiera (nef  
 Que entre hermano y hermana el deudo po-

Mas tambien me abrasé, y allá en el pecho  
 Tambien llegué á sentir no sé que ardores,  
 Que una alada deidad, segun oía,  
 Sabe ciega encender con sus arpones.

Su púrpura perdieron mis megillas,  
 Y en palidez trocados mis colores,  
 Perdí tambien el gusto á los manjares  
 Y el forzado comer debilitóme.

De mis ojos el sueño se alejaba  
 Y eran eternas para mí las noches,  
 Arrojando del pecho hondos suspiros  
 Sin que ningun dolor los ocasionese.

Ni para obrar de un modo tan extraño  
 Hallaba yo motivos ó razones;  
 Ni supe qué era amor, mas sin saberlo  
 Probaba ya mi pecho sus rigores.

Antes que yo, mi práctica nodriza  
 Conoció mis amantes aficiones,  
 Y ella fue la primera que me dijo:  
*Amas, y tú tal vez no lo conoces.*

Avergoncáme, y retirando al seno  
 La vista, el rostro de rubor cubrióse:  
 Indicios claros del amor que en vano  
 Quisieran ocultarla mis temores.

Pues ya turgente el seno, descubria  
 El fruto indigno de un cariño torpe,  
 Y ya me fatigaba el peso extraño  
 De la escondida, mas creciente mole.

¿Qué yerbas repetidas, qué remedios,  
 Qué inútiles y amargas confecciones,  
 No me dió la nodriza? ¿y qué no hizo,  
 Para ocultar al mundo mi desórden?

Mas á pesar de todos sus arbitrios  
 Nunca pude arrojar la tierna prole;  
 (Y este solo delito te ocultamos,  
 Temiendo con razon tus reprensiones):

Pues el vivaz infante se mantuvo  
 En el materno seno, desde donde  
 Burlándose de todas nuestras artes  
 Contra sus enemigos fue de bronce.

Ya nueve veces la brillante luna,  
 Bella hermana del sol, sus esplendores  
 Mudado habia, y en su hermoso carro  
 Otra vez la llevaban sus bridones.

Cuando, sin poder yo saber la causa,  
 Me acometieron súbitos dolores  
 Hallándome, por falta de experiencia,  
 Novicia en semejantes ocasiones.

Sin poder contenerme di mil gritos:  
 ¿Qué haces? me dijo la nodriza *¿al orbe*  
*Quieres mostrar tu crimen?* y dicho esto  
 Con ambas manos sufocó mis voces.

¿Qué pude hacer? ¡ó triste! me incitaban  
 A gemir mis agudas aflicciones;  
 Mas la vergüenza, el miedo, y la nodriza,  
 Todos á mi gemir juntos se oponen.

Al instante mis voces y gemidos  
 Contengo á mi pesar, y ni aun que asomeu  
 Consiento ya mis lágrimas, que ansiosas  
 Anhelaban salir á borbotones.

La muerte en tanto ante mis ojos veo  
 Pues Lucina en mi afan no me socorre;  
 Mas ¡ay! que aun el morir era delito,  
 Si un delito á morir me predispone.

Rasgábame la túnica y cabello  
 Cuando llegaste tú, y en mis transportes,  
 Al oprimido pecho alivio diste  
 Con tu amorosa voz y exhortaciones.

„Vive, dijiste, vive, cara hermana,  
 „Vive, querido amor; no te acongojes:  
 „No en una sola muerte, de dos vidas,  
 „A cual mas cara, los alientos cortes.

„Anima tu vigor con la esperanza,  
 „Pues serás de tu hermano la consorte;  
 „De aquel que, como hermano y como esposo,  
 „Doble culpa tendrá si no te acorre.”

Tus palabras, creeme, aun casi muerta,  
 Dándome nueva vida, me reponen,  
 Y doy á luz en fin, con mi deshonra  
 El fruto criminal que la supone.

Al ver que te alegrabas del suceso:  
 „Téme, exclamé, de un padre los rigores;  
 „Que ambos pereceremos con el niño,  
 „Si de su vigilancia no se esconde.”

Luego que en salvamento te pusiste,  
 Entre ramos de oliva y entre flores  
 La diligente anciana oculta al niño,  
 Y un sacrificio finge que dispone.

Sale con el infante, y mil plegarias  
 Haciendo al cielo va por los salones  
 En alta voz, y así la dejan todos,  
 Y aua mi padre, salir, sin que la estorben.

Ya estaba en los umbrales del palacio  
 Cuando mi padre los gemidos oye  
 Del niño, que inocente se descubre,  
 Dando indicios de sí con sus clamores.

Arrebató al infante el fiero Eolo,  
 Descubriendo las falsas devociones  
 De la nodriza fiel, y siendo causa  
 De que todo el palacio se alborote.

Cual suele de aura leve sacudido  
 Agitado temblar el mar salobre,  
 O cual suele agitarse tembloroso  
 De ardiente noto sacudido el roble:

Así mi cuerpo pálido miráras  
 Sacudido vibrarse en mil temblores,  
 Con tal violencia que aun el lecho mismo  
 Do estaba, á par conmigo conmovióse.

Precipítase Eolo á mi aposento  
 Furioso, y sin que nada lo reporte,  
 Mi vergüenza publica, y puede apenas  
 Las manos contener sin darme golpes.

Yo en tanto avergonzada, nada digo,  
 Solo mi llanto en abundancia corre,  
 Que la tímida lengua, con el susto  
 Helada de temor se quedó inmóvil.

Y ya mandado el tierno nieto habia  
 A Canes entregar devoradores  
 Y á destructoras aves, arrojado  
 En solitarios y desiertos bosques.

El mísero inocente sollozaba  
 Cual si entendido hubiera la atroz orden,  
 Y con llorar parece que pedia  
 A su implacable abuelo la revoque.

¿Cuáles mis penas ¡ay hermano mio!  
 Cual mi fiera amargura, te supones,  
 (Bien puedes por las tuyas en tal lance  
 Adivinar mis penas interiores)

Al ver sacar... ¡O pena inexplicable!  
 Al ver sacar á los desiertos montes  
 Al hijo de mi amor, á mis entrañas,  
 Para que hambrientos lobos lo destrocen?

Salió mi padre en fin, y devorada  
 Mi alma de los tormentos mas enormes,  
 Con ambas manos desgarréme el seno  
 Y el rostro todo hasta quedar deforme.

Entre tanto un ministro de mi padre  
 Ante mis tristes ojos presentóse,  
 Y con voz dolorida y balbuciente  
 Sus indignos decretos anuncióme.

„Tu padre Eolo, dijo (entre mis manos  
 „Poniendo la cuchilla) en ese estoque  
 „Ordena que tú misma sus preceptos  
 „Entiendas, y á tus méritos lo adoptes.”

„Los entiendo, le dije, y sin tardanza  
 „De este fiero puñal usaré dócil,  
 „En el pecho ocultando de mi padre  
 „El postrimero don. Esto responde.”

¡Padre cruel! ¿tan fúnebres regalos  
 Al tálamo de una hija corresponden?  
 ¿Un asesino matador acero  
 Será de esta infeliz la nupcial dote?

Engañado himeneo, tus alegres  
 Antorchas á otra parte se trasporten:  
 Huye ya de este sitio abominable,  
 Huye con plantas prestas y veloces.

Y vosotras ¡ó furias del averno  
 Crinadas de silvantes viverones!  
 Vuestras hachas traed, que es justo que ellas,  
 Si no el lecho nupcial, mi pira adornen.

¡Venturosas hermanas! ¡ah! casaos  
 Con auspicios mas gratos y mejores  
 Que lo fueron los míos; y mi crimen  
 A vuestro incauto amor sirva de norte.

¿Cuál fue empero la culpa de ese niño,  
 Que pocas horas antes entró al goce  
 De su infausto vivir? ¿con qué delito  
 Mereció de su abuelo los rencores?

Si pudo merecer muerte tan dura  
 Está bien que las fieras lo devoren;  
 Mas ¡ay! que solo por mi culpa muere,  
 Sin que aun sombra de crimen se le note.

¡Hijo infeliz! martirio de tu madre,  
 Presa inocente de ávidos leones,  
 Devorado ¡ay de mí! de crudas fieras  
 En tu luz natalicia ¡ó santos dioses!

¡Hijo! prenda infeliz de unos afectos  
 Tan desdichados cuanto mal acordes,  
 Hoy viste tu nacer, y hoy mismo viste  
 Tu morir entre bárbaros horrores.

¡Ni siquiera me fue dado el inundarte  
 De mi llanto en las tiernas efusiones!  
 ¡Ni arrojando en tu pira mis cabellos,  
 Hacer á tus cenizas los honores!

¡Ni te abracé cadáver, ni en tu rostro  
De mi labio estampé las impresiones!  
Fieras te devoraron en vez de esto  
Do te arrojáran bárbaros traidores.

Mas ya tu madre ¡ay hijo! va á seguirte  
De la muerte á las lóbregas mansiones:  
Si poco tiempo me nombraron madre,  
Poco quiero que huérfana me nombren.

Y tú, de quien en vano en el de esposo  
Esperaba cambiar de hermano el nombre,  
De esa inocente víctima los restos  
Esparcidos, solícito recoge.

Y unidos á los míos infelices  
Juntos en un sepulcro haz que reposen,  
Y en la muerte por fin, ya que no en vida,  
Estar unidos hijo y madre logren.

No me olvides jamás; antes te pido  
Que sobre mis heridas tierno llores,  
Ni amante temeroso, de tu amante  
Te horrorice el cadáver, ó te asombre.

Ruégote que ejecutes de una hermana  
Los últimos preceptos que te impone,  
Cual yo ejecuto ahora de mi padre,  
Hundiéndome el puñal, las intenciones....

